



VICENTE RAGA

Todo está
muy oscuro

Las doce puertas parte III

Dos historias narradas en paralelo. La primera transcurre en los principios del tribunal de la inquisición de Valencia, dónde es protagonista destacado el humanista Luis Vives, la inquisición y sus secretos. Todos los personajes existieron en su época y todos los hechos narrados se corresponden con la realidad histórica. La segunda historia es protagonizada por un grupo de amigos en la Valencia actual, que descubren que el misterio que creían resuelto, en realidad no ha hecho más que comenzar.

A mi familia, amigos y compañeros del colegio.
De forma consciente o inconsciente, todos habéis contribuido a crear el universo de *Las doce puertas*.

Nota previa del autor

En la parte histórica de la presente novela, correspondiente al siglo XVI, todos los personajes que aparecen son reales y existieron en su exacto contexto histórico. No obstante, los hechos que se narran son ficticios y no tuvieron por qué ocurrir de la manera descrita. En la parte actual de la novela, todos los personajes y los hechos narrados son ficticios. Los acontecimientos históricos que se describen en ambas partes se corresponden con la realidad.

En toda la novela se utilizan las fechas de acuerdo con el calendario gregoriano. A efectos de claridad y homogeneidad no se usa el calendario hebreo.

1

20 DE MARZO DE 1500

—Estamos en serio peligro —dijo Blanquina March, número uno del Gran Consejo.

—¿En peligro? —dijeron varias voces, con cierto nerviosismo.

—Debemos tomar medidas drásticas de inmediato —continuó Blanquina.

Todos los miembros la miraron con gesto de profunda preocupación. Blanquina había convocado una reunión extraordinaria del Gran Consejo. Parecía asustada de verdad. Se habían congregado en la casa del difunto Salvador Vives y de su viuda, Castellana Guioret, tíos de Luis Vives. En una de las habitaciones de la vivienda se ocultaba una sinagoga clandestina.

Los judíos de finales del siglo XIV en la península ibérica habían acumulado una ingente cantidad de conocimientos en multitud de materias, pero los tenían dispersos en diferentes lugares. Ante el cariz que estaba tomando su relación con los cristianos en aquella época, y ante el temor de perder ese gran tesoro, decidieron protegerlo, reuniéndolo y ocultándolo en un único emplazamiento. Eligieron la judería de Valencia. No era tan importante como las de Sevilla, Córdoba o Toledo, por ejemplo, pero precisamente por ello la escogieron. Tenía un tamaño medio, no era demasiado conflictiva y estaba bien comunicada. En definitiva, era discreta en comparación con otras mayores. Crearon una especie de confraternidad, formada por diez personas, cuya misión era preservar ese tesoro a través de los siglos, y lo llamaron Gran Consejo.

Sin duda fue una idea muy oportuna, ya que poco más de un año después de completar la tarea, en 1391, se produjo el asalto y la destrucción de más de sesenta juderías por todos los territorios del reino de Castilla y de la corona de Aragón, que supusieron la muerte de decenas de miles de judíos. La mayoría de las aljamas no se recuperaron jamás y desaparecieron para siempre. Afortunadamente los miembros del Gran Consejo tenían un plan de escape preparado, que habían llamado *Las doce puertas*, que hacía referencia a las doce puertas que se abrían en la muralla medieval de Valencia a finales del siglo XIV. Su objeto era de ponerse a salvo y preservar su tesoro cultural. Una vez ejecutado dicho plan, pasaron a designarse a ellos mismos *puertas*.

Por si todas aquellas desgracias no hubieran sido suficientes, cien años después de aquel desastre, en concreto el 31 de marzo de 1492, Isabel I de Castilla y Fernando II de Aragón, conocidos posteriormente como los Reyes Católicos, ordenaron la expulsión de los judíos de todos los reinos que dominaban, destierro que se completó en el mes de agosto de aquel fatídico año.

—¿Tan grave es la situación? —preguntó el número seis.

—Es gravísima —contestó Blanquina.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Ocurre que estamos siendo vigilados —contestó Blanquina, con el semblante muy serio.

Los que estaban reunidos hoy en la sinagoga eran descendientes de los primeros miembros de aquel Gran Consejo original, que se empezó a formar en 1356 y se completó en 1390. Aún se encargaban de proteger ese tesoro cultural, que ellos llamaban «el árbol». Su existencia era un gran secreto desde hacía más de cien años.

—¿Vigilados? ¿Por quién? ¿A quién le interesan nuestras actividades? —preguntó extrañado el número cinco.

«Allá va la primera bomba de la reunión», pensó Blanquina.

—Al Santo Oficio de la Inquisición.

La bomba causó el efecto esperado. La preocupación inicial de los miembros del Gran Consejo se transformó en un profundo temor. La simple mención al Santo Oficio les causaba terror. Todos sabían que el Tribunal de la Inquisición de Valencia era uno de los más activos de España y también uno de los que más judíos condenaba a la hoguera.

—¿Cómo sabes que nos vigilan? —preguntó un acobardado número seis.

—Creo que conocéis que tenemos a una persona muy importante en el Tribunal de la ciudad que nos protege y nos mantiene informados. Esta misma mañana me ha enviado una nota de advertencia. Aquí la tenéis —dijo Blanquina, mientras dejaba encima de la mesa un papel manuscrito.

La atención era máxima. Todos la leyeron. Efectivamente, la nota informaba de que el Santo Oficio había detectado «ciertas reuniones clandestinas» de un grupo de diez personas. Aunque parece que conocían su existencia desde hacía seis meses, el fiscal del Tribunal había ordenado una especial vigilancia en la última semana. El autor de la nota decía que no podía hacer nada más por protegerlos, ya que el Inquisidor General, fray Diego de Deza se había interesado personalmente en el asunto. Las órdenes venían de las más altas instancias, por lo que no podía obstaculizar más la investigación.

—Este es el motivo de que nos reunamos con urgencia —dijo Blanquina—. ¿No os parece lo suficientemente grave?

—Sí, desde luego, pero, aparentemente, no conocen la existencia del Gran Consejo. La nota solo dice que han descubierto ciertas reuniones clandestinas, sin más —dijo el número cinco.

—En realidad no lo sabemos, pero desde luego algo sospechan, por eso nos observan de cerca —contestó Blan-

quina—. Lo que más me preocupa es la especial vigilancia de esta última semana.

—¿No puede estar equivocada la persona que ha escrito esa carta? —insistió el número cinco.

Blanquina se le quedó mirando con cierta indulgencia.

—¿Sabes quién es el autor de esa nota? —le preguntó.

—No.

—El mismísimo don Juan de Monasterio.

Todos se sorprendieron al escuchar ese nombre, ya que lo conocían perfectamente. Era uno de los dos inquisidores del Tribunal del Santo Oficio de Valencia. No tenían ni idea de que los estuviera protegiendo, era algo inesperado e insólito. La sorpresa inicial se transformó en miedo cuando cayeron en la cuenta de que, dado quién los estaba advirtiendo, la amenaza debía de ir completamente en serio.

—¿Y a qué medidas drásticas te refieres? —preguntó el número seis, asustado.

—Hay que protegerse. Supongo que os habréis extrañado cuando os he citado en esta sinagoga y en pleno inicio del *shabat*.

El *shabat* era el sábado, día festivo para los judíos, que equivalía al domingo para los cristianos. Comprendía desde el *kidush* del viernes por la tarde hasta la *havdalah* del sábado por la noche. Durante ese periodo tenían prohibido por el *Talmud* la realización de casi cualquier actividad, por eso nunca se reunían ni en viernes por la noche ni en sábado. Por otra parte, las reuniones del Gran Consejo se celebraban de forma habitual en el almacén del número ocho, cuyo oficio era mercader de *draps i sedes*, y poseía unas instalaciones amplias y discretas.

—¿Protegerse? ¿Qué quieres decir? —preguntó el número siete.

—Dado que nos vigilan, he considerado prudente cambiar el día y el lugar de reunión. Sabéis que esta sinagoga dispone de una habitación secreta. Además, observar a vuestro alrededor.

Todos los miembros miraron con detenimiento la sinagoga.

—Como ya os habréis dado cuenta al entrar, hemos encendido las lámparas rituales. Estamos en plena celebración del *shabat*. Si fuéramos descubiertos, siempre podríamos alegar que estamos *judaizando*, que sabéis que es como le gusta llamar a la Inquisición a la práctica de nuestra religión. Entender que lo más importante es ocultar la propia existencia del Gran Consejo.

Intervino el número nueve, una voz de mujer.

—Está bien pensado, pero esto no se puede considerar una medida drástica. Supongo que no te referías a reunirse en una sinagoga y en pleno inicio del *shabat* cuando has empleado esa palabra, ¿verdad?

—Eres muy perspicaz, efectivamente, no me refería a eso —contestó Blanquina.

—¿Entonces?

—Nuestra protección es importante, pero por encima de nosotros está la salvaguarda del árbol. No olvidemos que el sentido mismo de la existencia del Gran Consejo es su custodia, para que pueda perdurar a través de los siglos.

—Eso ya lo sabemos, ¿por qué nos lo recuerdas?

«Allá va la segunda bomba de la noche», pensó Blanquina.

—Porque hay que cambiar el emplazamiento del árbol lo antes posible.

La sorpresa fue mayúscula. Se formó un pequeño alboroto en la sinagoga, todos querían hablar a la vez y con el barullo no se entendía nada.

—¿Sabes lo que estás diciendo?

—Eso es muy peligroso.

—¿Crees que está en peligro el propio árbol?

Blanquina intentó poner algo de orden, contestando con voz firme.

—Lo podría estar si descubren la existencia del Gran Consejo. Por eso he convocado esta reunión con tanta ur-

gencia. Tengo la sensación que las cosas no marchan bien.

—Y si nos vigilan, ¿cómo pretendes que lo traslademos? Nos podrían sorprender con las manos en la masa, en pleno cambio de emplazamiento.

—Ya había pensado en ello, por eso sugiero encomendar el trabajo al número once. De él no sospechan nada, ya que es un cristiano viejo sin ninguna relación aparente con nosotros. Además, es miembro de la Iglesia católica.

—¿Pertenece a la Iglesia y es la undécima puerta? —preguntó con incredulidad una voz.

—Incluso es miembro de la orden de predicadores —contestó Blanquina.

El Gran Consejo estaba compuesto por diez personas, pero en realidad había un undécimo miembro, que no participaba de las reuniones, cuya identidad permanecía secreta y que tan solo era conocida por el número uno. El Gran Consejo se organizaba a semejanza del árbol *sefirótico* de los cabalistas. Aunque aparentemente dicho árbol contenía diez esferas o *sefirot*, en realidad, existía una undécima *sefiráh*, que es el singular de la palabra *sefirot*. Esa undécima *sefiráh*, llamada *Daat*, permanecía invisible y representaba la conciencia. Era otra forma, en este caso no material y oculta, del *Keter*, de la raíz del Gran Consejo, que en estos momentos era Blanquina March. En consecuencia, tan solo Blanquina conocía la verdadera identidad de la undécima puerta.

—¿Un dominico es la undécima puerta? —preguntó extrañado otra voz.

La orden de predicadores era también conocida por orden dominicana, porque fue fundada por Domingo de Guzmán en el año 1216. Sus integrantes eran conocidos como dominicos.

—Sí, por eso es el único que puede trasladar el árbol con garantías de éxito. Al fin y al cabo, es uno de los suyos y no sospechan nada de él. Jamás lo han visto en compañía

de ninguno de nosotros —dijo, con el tono más firme que fue capaz de imprimir a sus palabras.

El sentido de la existencia del *Daat*, del número once, oculto y secreto, era la propia preservación del árbol. Cada uno de los diez miembros visibles del Gran Consejo conocía una décima parte de un mensaje, que una vez reunido, conducía al emplazamiento de su tesoro cultural que habían agrupado y ocultado. Pero eran tiempos convulsos. Cualquier miembro del Gran Consejo podría morir o desaparecer sin transmitir a su heredero la parte de su mensaje. En este caso, entraba en acción el número once. Junto con el número uno, ambos disponían de dos mitades de un mensaje propio, que una vez unidos, también conducía al árbol. Así, entre los dos podrían reconstruir el Gran Consejo y el mensaje, en caso de necesidad. Era una medida de seguridad, para evitar que cualquier desgracia imprevista pudiera suponer perder la localización del árbol del saber milenario judío, que tanto esfuerzo y tantos años les había costado reunir y ocultar.

Se hizo el silencio durante unos segundos.

—Lo que propones es muy arriesgado —dijo al fin el número cuatro—. Nuestros antecesores en el Gran Consejo lo escondieron a conciencia, a salvo de miradas indiscretas.

Blanquina March insistió.

—Creerme, no sugeriría una medida tan drástica si no la considerara necesaria y urgente. Si somos descubiertos antes de trasladar el árbol, se podría perder para siempre. Estaréis de acuerdo conmigo en que la pérdida del árbol es un riesgo mucho mayor que su propio traslado. En ningún caso lo podemos asumir.

Todos los miembros estaban consternados por lo que estaban escuchando. Hasta ahora no eran conscientes de que la Inquisición pudiera seguir sus pasos. El miedo les paralizaba y nublaba su entendimiento. Además, ahora, el número uno les conminaba a aceptar el cambio del emplazamiento del árbol, que era una labor muy delicada.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo? —preguntó Blanquina, mirando a todos los presentes a la cara.

En realidad, no tenían otra opción. Uno a uno, todos fueron asintiendo con la cabeza. Era una medida extraordinaria para una situación también extraordinaria. Nadie se atrevía a decir ni una sola palabra. El silencio se podía cortar con un cuchillo.

De repente, Castellana Guioret, viuda de Salvador Vives y propietaria de la vivienda, irrumpió con gran estruendo en la sinagoga, casi derribando la puerta de entrada. Todos se quedaron mirándola, sorprendidos por su mirada. Tenía la cara completamente desencajada, era el vivo reflejo del terror. Algo espantoso debía estar ocurriendo.

2

EN LA ACTUALIDAD, JUEVES 21 DE JUNIO

—¿Entonces encontraron un arcón vacío en el Patio de los Naranjos de la Lonja de Valencia? ¿Y qué demonios hacía allí?

—No tengo ni idea. Lo único que sé es lo que contó Rebeca. Estaba con su tía Tote, con el historiador judío Abraham Lunel, con la actriz Tania Rives y su marido, y con su amiga Carlota Penella en la Lonja. Parece que descubrieron el arcón junto a la fuente con forma de estrella, después de detectarlo con un georradar, y de desenterrarlo.

—Es muy extraño.

—Desde luego.

—¿Y qué pasó después?

—Rebeca demostró que la actual undécima puerta era Joana Ramos, la profesora de la Universidad y compañera de su tía.

—¡Qué dices! Eso no es verdad.

—Pues la propia Joana lo confesó delante de todo el grupo, con total sinceridad.

—¡Eso no puede ser!

—¡Claro que puede ser! Yo solo te estoy contando lo que pasó en la reunión, nada más.

—¿Seguro que no te confundes?

—Me ofende que dudes de mí. Me ordenaste que te informara acerca de mi amiga Rebeca, y creo que siempre he cumplido con todas tus instrucciones. No puedes tener ninguna queja de mí.

—No te enfades, no pretendía dudar de ti. Por supuesto que no tengo ningún reproche que hacerte, siempre te has

comportado con total lealtad, pero comprende que lo que me acabas de contar es sorprendente y, sobre todo, completamente inesperado.

—¿Te crees que no lo sé? Yo tampoco consigo entenderlo.

—Y tú, que conoces la verdad, ¿cómo reaccionaste ante la confesión de Joana?

—La sorpresa fue general de todos los que estábamos sentados en la mesa y, como comprenderás, todavía más para mí. Espero que no se notara mi reacción. Traté de ocultarla todo lo que pude, pero ya conoces que, tanto Rebeca como Carlota, son extremadamente inteligentes. Me costó muchísimo disimular, espero haberlo conseguido. — Se quedó un momento en silencio, pensando—. ¿Sabes? En alguna ocasión he tenido la sensación de que Rebeca podría conocer, o al menos sospechar, mi identidad real.

—No puede ser, eso son imaginaciones tuyas. Piensa que, si desconfiara de ti, no te daría acceso a toda la información, y creo que jamás te ha ocultado nada. Siempre te ha hecho partícipe de sus descubrimientos.

—Eso es cierto —dijo, aunque no terminaba de convenirse.

—No debes preocuparte, seguro que tu identidad está a salvo. Lo que de verdad debe preocuparnos es el motivo por el que Joana dijo lo que dijo.

—Ya lo sé, es desconcertante. Te aseguro que estaba muy afectada. Después de su confesión, no pudo soportar la presión, se derrumbó y se fue a su habitación. Nos dejó a los demás mirándonos las caras, sin saber qué hacer ni qué decir. Fue una situación muy incómoda para todos. Inmediatamente después, Rebeca y su tía dieron por finalizada la reunión. Era evidente que también estaban conmocionadas por la revelación. Todo parecía muy real, te lo aseguro. No vi caras de fingimiento.

Durante un momento se quedaron en silencio.

—¿Por qué confesaría Joana algo que no es cierto? Te juro que parecía completamente sincera.

—Yo no estaba allí, pero si lo pensamos bien, tan solo hay una explicación lógica. Desde que me lo has contado, no he dejado de darle vueltas.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Cuál?

—Que estábamos equivocados desde el principio.

—¿De verdad crees eso?

—Tú conoces muy bien toda la información que manejamos. Sabemos incluso más que la propia Rebeca. Me temo que es la única explicación que encaja con todos los hechos.

—Entonces las cosas cambiarán.

—Desde luego, pero debemos actuar con la misma cautela. Sigue informándome directamente a mí. Nada de todo esto ha pasado, ¿lo tienes claro?

—Clarísimo, como siempre. No sé qué sucederá a partir de ahora. Hasta después del verano no se volverá a reunir el *Speaker's Club*.

—Pues a disfrutar del descanso, que lo tienes bien merecido.

Se despidieron. Probablemente no se volverían a ver en algún tiempo.